

**Algunos comentarios al margen / Fernando Bravo Alarcón**

El Perú frente al siglo XXI,

Gonzalo Portocarrero y Marcel Valcárcel, (editores),

Pontificia Universidad Católica del Perú, 1995

(28 autores/27 artículos/10 comentarios; 670 páginas)

El Fondo Editorial de la Universidad Católica acaba de publicar el libro que compila las ponencias y comentarios que se expusieron en el seminario «El Perú frente al siglo XXI: desafíos y posibilidades». Dicho acto académico se realizó en octubre de 1994, en ocasión del 30 aniversario de la Facultad de Ciencias Sociales perteneciente a la mencionada casa de estudios.

Aprovechando la publicación de aquello que escuchamos durante aquel seminario, quisiéramos en los siguientes párrafos presentar nuestras impresiones sobre el producto final —el libro en mención—, cuyo contenido pretende «lograr un retrato del Perú y de sus perspectivas que diera fe del vigor intelectual de nuestra Facultad, que acreditara la realización del mandato de servicio al país para la cual fue creada», en palabras de presentación de Gonzalo Portocarrero, decano de la misma.

\*\*\*\*\*

### Los tiempos y las formas

Si como dice la letra de un conocido tango «...que veinte años

no es nada...», treinta, en cambio, ya constituyen un segmento cronológico susceptible de madurez para las disciplinas sociales vernáculas. Quizás ello permita entender por qué —en contraste al silencio editorial en torno al 20 o al 25 aniversario de la Facultad— hoy sí podamos tener entre manos una publicación que reúne y ofrece a la comunidad académica el fruto de tres décadas de debates, enseñanza e investigación. Actividades éstas —es preciso destacarlo— llevadas a cabo siempre en un ambiente de pluralismo, tolerancia y apertura<sup>1</sup>, típicas del quehacer cotidiano de la Facultad. Que en la treintena se pretenda ofrecer algo tangible y susceptible de debate y crítica no es pues, cosa gratuita.

Así entonces, asumiendo al texto como un reflejo —a la vez que producto— bastante fidedigno del evento académico, nuestras observaciones tienen en este último un marco de referencia inevitable. Buena parte de ellas se nutren del humor que nos dejaron las intervenciones —no siempre balanceadas las unas con las otras— de ponentes y comentaristas; como también del intercambio de impresiones que

<sup>1</sup> Aunque habría que precisar que durante el Seminario no siempre hubo espacio para que el público participase con preguntas o comentarios.

ensayamos con varios asistentes.

Quisiéramos empezar por los elementos formales de la publicación. Las ponencias del seminario (que fueron alrededor de veinticinco), han sido agrupadas bajo tres rubros generales, a saber: en primer término, Economía, población y medio ambiente (diez ponencias y, para efectos editoriales, sólo dos comentarios publicados); a continuación, Sociedad, cultura y política (doce ponencias y seis comentarios); y finalmente, Ciencias sociales, universidad y desarrollo (con cinco intervenciones)<sup>2</sup>.

Todo este amplio contenido, luego de una breve introducción, se despliega a lo largo de 670 páginas (aparte de la sugestiva cubierta de Mochy Gonzales), de cuya mirada se desprende el esfuerzo de los editores por mantener cuidadosamente la fidelidad entre las intervenciones orales y el texto escrito, cuando no —imaginamos— pulir algunas meandros discursivos propios de una exposición, valga la redundancia, hablada.

Que no todas las ponencias publicadas estén acompañadas de su respectivo comentario —sobre todo las que en su momento nos parecieron las más sugerentes—, responde seguramente a motivos editoriales, de espacio, muy perfectamente comprensibles. Sin embargo, aquellos que las oímos en su versión directa pudimos advertir ciertas dificultades en más de un panelista para

centrar bien el tenor de sus intervenciones, aunque esto fue más la excepción.

No sabemos si quizás por una falta de claridad expositiva —que no ha podido lograrse en algunos casos a pesar de años de docencia— o por algún otro motivo de fuerza mayor, el hecho es que inevitablemente ocurrió que algunos ponentes y comentaristas no llegaron a colmar las expectativas de un auditorio que en buena parte del evento se mostró abigarrado por un público muy interesado por saber «en qué andan hoy los profesores de Sociales de la Católica». Esta última expectativa descansa seguramente en que, a poco de constituirse, dicha Facultad devino en el *sancta sanctorum* de las disciplinas sociales en el Perú.

Pero lo más importante de todo es que este libro constituye para nosotros un hito que marcará un «antes» y un «después» en el desarrollo de nuestras especialidades. Un puente que, imaginamos, enlazará a generaciones distintas. Ello en la medida que hoy no poseemos visiones panorámicas, generales, que procuren cubrir buena parte de la baraja temática que la sociedad peruana nos sugiere: en un momento en que escasean las visiones de conjunto, la presente entrega se hace doblemente valiosa. Ese fue el desafío del seminario de los treinta años, por lo que el intento de los científicos sociales allí reunidos debe ser saludado y reconocido. Por eso creemos

<sup>2</sup> La conferencia pública *Modernidad, democracia y subdesarrollo*, de Alain Touraine, ha sido publicada en una edición separada.

que *El Perú frente...* es el más esforzado aporte de aquellos que fueron nuestros profesores para «razonar los problemas y posibilidades del país».

En esa medida, quienes somos tributarios de estas disciplinas vemos con buenos ojos el esfuerzo desplegado no sólo por ponentes y comentaristas, sino también la feliz iniciativa de organizadores y editores. Apostamos a que este inducido relanzamiento de las ciencias sociales tenga su efecto bola de nieve, capaz de involucrar, animar y comprometer a la comunidad de investigadores, docentes y profesionales de dichas disciplinas.

Pero junto a estos reconocimientos, quisiéramos enseguida anotar algunas de nuestras observaciones más puntuales.

### ¿Ciencias sociales vs. ciencias económicas?

Quienes pasamos por las aulas del pabellón de Sociales siempre pudimos advertir la distancia entre las tres especialidades, sobre todo, quizás sociología y antropología frente a economía; lo cual llevaba a preguntarnos qué hacíamos juntos compartiendo un mismo local o unas mismas autoridades, además de constatar la existencia de intereses disímiles al interior de algunos cursos pretendidamente

comunes. Nunca sentimos ante los economistas la cercanía que pueden ostentar, por ejemplo, contadores frente administradores, o viceversa, aunque nuestros compañeros de pabellón parecen sentirse más cómodos al lado de estos últimos que al lado de nosotros.

Estos reparos sobre el a veces aparentemente disforzado acercamiento de la economía frente a las otras dos disciplinas pudo haberse notado a lo largo del Seminario, cosa de la cual el libro no puede dar cuenta necesariamente. Por un lado, que los interesados en los asuntos económicos —sobre todo los estudiantes— se hayan restringido a escuchar las ponencias de los economistas mas no de aquellas sustentadas por sociólogos y antropólogos; y, por otro, que estos últimos en buena parte se supeditaran preferentemente a prestar atención a sus colegas, no creemos que sea un hecho explicable solamente por las diferencias consustanciales a cada especialidad. En nuestra percepción, ello puede estar poniendo en evidencia la ausencia de espacios comunes entre las tres disciplinas, para no mencionar la no por muy invocada siempre lograda interdisciplinariedad<sup>3</sup>.

Reiteramos: los estudiantes y profesores de economía tienen intereses, expectativas y visiones bastante distintas de las de sus pares de las otras dos especialidades. El primer y el segundo

<sup>3</sup> No sabemos si «interdisciplinariedad» es lo mismo que «encuentro interdisciplinario», pero la ponencia de Jeanine Anderson, *Los estudios de género, las ciencias sociales y el cambio social*, así parece

piso del CISEPA pueden estar físicamente próximos, pero funcionan casi como compartimentos estancos. Más allá de ciertas iniciativas personales, ¿cuál es el grado de interpenetración de ambos departamentos?

Ahora bien, a contracorriente de esta impresión, de la lectura de las ponencias se percibe un esfuerzo por parte de los economistas en hacer de la suya una interesante demostración de cómo un experto en crematística puede penetrar en los espacios tradicionalmente privativos de, por ejemplo, los sociólogos políticos.

La ponencia de Adolfo Figueroa *Desigualdad y democracia* es claro ejemplo de esto último y acaso haya logrado demostrar cómo ciertos modelos económicos —por más que sus intentos por explicar la conducta de los agentes económicos se ciñan a determinado número de variables— pueden aportar hipótesis sustantivas sobre fenómenos de origen político o social; en este caso concreto, la violencia que emerge, en parte, en razón de los problemas de la desigualdad distributiva en el ingreso.

Pero más explícitos fueron Dennis Sulmont y José Távora, quienes en su ponencia<sup>4</sup> examinan «la posibilidad de construir un enfoque integrador de los aportes de la economía y la sociología» (p. 245). Si bien los autores no hablan de la inter-

disciplinarietàd propiamente dicha, sí enfatizan más de una vez la «integración» de las perspectivas sociológica y económica; y en ese afán integracionista, sugieren también el «diálogo» con otras especialidades. El intento de estos investigadores tiene, por lo demás, la posibilidad de provocar —cual efecto demostración— la convergencia de ambas disciplinas en áreas que no se restringen a lo empresarial.

---

### ¿Nos escucharán, por fin?

Cabría preguntarse, con derecho, por el impacto del libro en la comunidad científica, pues si las exposiciones trasuntaban el ánimo de condensar las diversas trayectorias de investigación «en ponencias en las que balances y miradas retrospectivas sirvieran para afinar la visión hacia adelante», con vistas a «lograr un retrato del Perú»; como que el libro merece ser revisado y leído con la expectativa de quien espera, quizás no certezas, ni anticipaciones pesimistas u optimistas, cuanto más bien pistas, tendencias generales, un intento de proyectarse en el horizonte social del Perú.

En ese sentido, el Seminario y su publicación compilada acontecen en un momento en el

---

sugerirlo. Pero, ¿basta que converjan diversos profesionales para decir que algo es interdisciplinario? Por su parte Fritz Wils (*Ciencias Sociales frente a los desafíos del desarrollo en el Perú*), constata la inexistencia del trabajo interdisciplinario en nuestra Facultad, aparte de dar cuenta de la insuficiencia de lo monodisciplinario frente al reto del desarrollo. Cf. también Rochabrún, Guillermo (1989) «Los ruidos y las nueces. Notas sobre la interdisciplinarietàd en las Ciencias Sociales», en: *Debates en Sociología*, N° 15, Lima, PUC.

<sup>4</sup> *Economía y sociología de la empresa en el Perú*, título que habla por sí mismo.

que necesitamos saber qué pasa con el país, con sus gentes, con su cultura, con sus posibilidades de futuro. Está bien que los líderes de opinión, los analistas periodísticos, los literatos, piensen el país y atisben el horizonte, pero no hay que olvidar que dentro de las disciplinas sociales —con toda la cuota de crisis que se les quiera atribuir— es posible plantear interrogantes e hipótesis con «imaginación sociológica», así estas parezcan modestas.

Esto lo decimos pensando en que las ciencias sociales peruanas no han logrado constituirse como una instancia referencial, cuya opinión se haya hecho de un lugar de relevancia en la escena nacional. Por eso es que muchas veces, cuando un cientista social intenta alzar la voz, es raro que sea escuchado más allá de círculos académicos, profesionales o políticos bastante circunscritos. A menos que se considere que con ello basta.

A este respecto, sea desde el ámbito de la intelectualidad ilustrada o letrada, sea desde los

predios de la tecnocracia intelectual, el aporte de los científicos sociales —muchas veces llamados sociólogos *tout court*— es percibido como un punto de vista en retirada, cuando no retardatorio, en la búsqueda del desarrollo y la modernidad.

Por ello quizás ya se han vuelto moneda corriente referencias al estilo de: «Ahora las ciencias sociales están en retirada. Ya casi nadie estudia sociología en las universidades.»<sup>5</sup>, o que «La reforma agraria quitó a 14 mil gerentes e ingenieros agrónomos del campo y dejó todo en manos de mandos bajos y medios hacia abajo. Se empezó a producir muchos sociólogos, mucha profesión que realmente no era la más requerida. Hoy, el Perú necesita empresarios. Necesitamos gerentes y administradores pero con una nueva visión.»<sup>6</sup>

Así entonces, comparados con los novelistas, los poetas, o los periodistas, por un lado, y con los tecnócratas, por otro, los demás científicos sociales —salvo los economistas— no poseen

<sup>5</sup> Cueto, Alonso (entrevista), «El Perú es un paraíso para los escritores» en: *Debate*, N° 83, julio-agosto, Lima, Apoyo. p.66. Como ya nos tiene acostumbrados, Antonio Cisneros vierte al respecto apreciaciones más sarcásticas que académicas en: «De las ciencias sociales y de paso la chicha», en *Debate*, N° 62, vol. XII, nov-dic, Lima, Apoyo, 1990. Parece que los principales impugnadores del rol de las ciencias sociales en el Perú provienen de la narrativa. Estos ven con horror la etapa en la que para hacer literatura tuvieron que representar fielmente a la realidad, para lo cual, como Balzac proponía, el novelista debía fungir como secretario de su sociedad. En ese sentido, así parezca tirado de los cabellos sugerirlo, ¿tanta cola ha traído, en esta aparente querrela entre literatos y sociólogos, la célebre mesa redonda acaecida en torno a *Todas las sangres* de José María Arguedas, allá por el año 1965, cuando un conjunto de cientistas sociales impugnaron el aporte sociológico de la mencionada obra? Cf. Rochabrún, Guillermo. «¿Viviendo en vano?: Una relectura de la Mesa Redonda sobre *Todas las sangres*», en: *Socialismo y Participación* N° 57, 1992, Lima, marzo, CEDEP.

<sup>6</sup> Boloña, Carlos (entrevista), *Expreso*, p.30, 24/12/1995. Este tipo de consideraciones se hacen cada vez más recurrentes, llegando hasta el prejuicio más descarnado: «Para ocupar su tiempo, ahora (...) los sociólogos deberían abocarse a estudiar ese comportamiento asocial de la hinchada de ambos equipos. [Se refiere a un frustrado partido de fútbol U-Alianza, los equipos más populares del Perú.] que ya no sólo bordean sino que practican la delincuencia como una forma de expresión. Si incluso quisieran justificarla pueden achacarle la culpa de los desmanes al neoliberalismo, al capitalismo y al Banco Mundial. No sería la primera vez.» Elmore, Augusto: «Lugar Común», *Caretas* N° 1387, 2/11/1995, p. 51.

mos una audiencia ampliada, a la que hayamos hecho permeable a nuestro discurso. Como lo confiesa Julio Cotler ante un periodista, al referirse a la irrupción de los intelectuales comunicacionales o los *managers* de la información:

«Pero lo que yo diría es que estamos viendo el descenso de antiguos intelectuales y el ascenso de nuevos intelectuales. Mira, tú eres un nuevo intelectual. La gente de prensa y la televisión son nuevos intelectuales. Crean y difunden creencias. La gente no quiere reconocer esto; pero una cosa es fundamental. Yo puedo escribir un libro del cual se editan mil quinientos ejemplares y que leerán setecientas personas o dos mil. Pero a alguien que aparece en la televisión y hace una oferta intelectual lo pueden estar viendo dos millones de personas. Vargas Llosa, a través de la literatura, puede convocar a centenares de miles en el Perú y alcanzar una amplia difusión internacional. Esto es un fenómeno nuevo. Ya no vamos a tener sólo a los grandes escritores, sino a los grandes difusores de ideas, de estereotipos, de creencias.<sup>7</sup>»

Se trataría ni más ni menos del desplazamiento de un determinado perfil intelectual, de una práctica del saber y la cultura que está perdiendo pertinencia y

entronque con las exigencias y necesidades de un mundo que hace de la eficiencia, los resultados aplicables, tangibles, concretos y prácticos el centro de sus demandas e intereses: la derrota y arrinconamiento del *intelectual humanista* frente a la irrupción y moda de los llamados *tecno-políticos* y su legitimación en los *mass media*. Ocurre, entonces, que la función intelectual exhibe nuevos protagonistas, en tanto los clásicos y letrados están en proceso de desprestigio ante la incursión de los tecnócratas en el campo de la *real politik* desde la racionalidad administrativa.

Habría que ver si el discurso crítico, el lenguaje reivindicativo, de compromiso social de nuestras disciplinas, experimenta similar descrédito que el que exhiben hoy los políticos «tradicionales»<sup>8</sup>, fundamentalmente los de «izquierda»; o en todo caso, qué tanto la crisis de estos últimos ha arrastrado a los primeros.

Revertir esta tendencia se hace más difícil cuando la sociedad parece demandar seguridades, orden, certezas a futuro, cualidades todas estas que no exhiben las opciones ideológicas y políticas con las cuales se entretejieron buena parte del discurso y la práctica de los científicos sociales<sup>9</sup>.

<sup>7</sup> Cotler, Julio (1995) «Sobre los escombros» (entrevista de César Lévano), en: *Si*, Ed. 1ro. de mayo, pp. 24-25.

<sup>8</sup> «Tengo en mente una frase medio profética que me dijo un amigo sociólogo hacia comienzos del gobierno de Alan García: "El fracaso de Alan García es el fracaso de las ciencias sociales". El discurso de Alan García era muy afín a las ciencias sociales. No sólo de la sociología, sino de las ciencias sociales en general.» Rochabrún, Guillermo «Hacia una refundación de las Ciencias Sociales en el Perú» (entrevista de Martín Beaumont) en: *Quehacer*, N° 91, set-oct, 1994, Lima, DESCO, p. 36.

<sup>9</sup> Confirmando la excepción a la regla, Teófilo Altamirano destaca la feliz inmunidad de la antropología ante ese tipo de «relaciones peligrosas» frente a la política y las ideologías: «En los años posteriores

Por otro lado, hay un sentido común en la sociedad bastante reacio a ser registrado por nuestros acaso desgastados sensores temáticos: nuestros aparatos detectores se vuelven inútiles frente a fenómenos que parecen acontecer en frecuencias de distinta señal. Con todo ello, nadie se atreve a otear el mañana con los blindajes teóricos y políticos de hoy. Como lo reconoce Manuel Marzal: «los inesperados cambios políticos de la última década han hecho a los científicos sociales más inseguros o, al menos, más modestos»<sup>10</sup>.

Por su parte, Javier Iguñiz —de hecho, curándose en salud— explicita ese riesgo cuando reconoce que ante la próxima centuria, «la cautela me obligará a penetrar sólo unos pocos de sus lustros», ya que, «pensar el futuro con la suficiente precisión como para detectar sus desafíos me coloca ante un ejercicio que trasciende el precario terreno de las seguridades científicamente sustentables»<sup>11</sup>. Vale la pena referir que este reconocimiento quizás hubiera sido impensable en otras

épocas: a confesión de parte, relevo de pruebas.

Estamos, pues, ante una situación donde nuestras usuales claves interpretativas parecen venir quedando *démodées* ante una realidad cuya complejidad y velocidad de mutación y transformación vuelven inútiles los códigos interpretativos del pasado, descolocando incluso a sus acostumbrados usuarios y dando pie a que algunos planteen el problema en términos generacionales: si estamos, como se dice, ante un cambio de época, ¿hasta qué punto las primeras generaciones de científicos sociales poseerán sensibilidad suficiente para adecuar su arsenal conceptual, su *know how*, su capacidad instalada, ante los nuevos tiempos? No se trata de descalificar a nadie, pero acaso se requiera una nueva y mejor disposición ante lo novedoso. Como afirma Fernando Calderón: «es indispensable volver a leer siempre *La imaginación sociológica* de Mills, especialmente el capítulo de la diversidad humana y bailar salsa sin dejar de escuchar a Satie.»<sup>12</sup>

---

[se refiere a los setenta se sucederían acontecimientos políticos, sociales y culturales en el campo que empezaban a ser abordados más desde perspectivas globales, procesuales y políticas para los que tampoco estábamos preparados. A pesar de esta relativa inactividad en la escena nacional, la investigación, muchas veces silenciosa, sobre temas propios de la Antropología relacionados a los estudios sobre temas simbólicos y religiosos, las reciprocidades e intercambios, migraciones internas, comunidades nativas, etc., fueron desarrollándose de manera menos ideologizada. [F.B.A.] Con alguna frecuencia la Antropología y los antropólogos fuimos señalados como buscadores de lo exótico, lo puro y lo etnográfico; o como buscadores de datos aislados y supuestamente poco relevantes para la acariciada Revolución. [F.B.A.].» (p. 651).

<sup>10</sup> *Religión y sociedad peruana del siglo XXI*, p. 363.

<sup>11</sup> *Desafíos económicos para el Perú del Siglo XXI*, p. 15.

<sup>12</sup> «América Latina. La visión de los cientistas sociales», en: *Nueva Sociedad*, N° 139, setiembre-octubre, Caracas, 1995. p. 83.

## La política, esa rara avis

Corriendo la suerte de la política en el Perú de cara al siglo XXI, los temas relacionados centralmente con la cuestión del poder, las relaciones de dominación —reflejando quizás lo que ocurre en la sociedad mayor—, como que han ido perdiendo audiencia entre las nuevas generaciones que arriban a la Facultad<sup>13</sup>.

En ese sentido, una *rara avis* sería la ponencia de Sinesio López sobre *Estado, régimen político e institucionalidad en el Perú (1950-1994)*. Es en este trabajo donde parece percibirse una delicadeza, una prudencia, un especial cuidado para evitar ser ganado por la coyuntura actual; ello en momentos que muchos analistas políticos se regodean en dividir el mundo entre los buenos y los malos, los demócratas y los

autoritarios, los progresistas y los neoliberales a ultranza, etc. donde las acciones de la administración fujimorista caen, obviamente, en el polo negativo de este división maniquea. Ni qué decir sobre aquel análisis político que en otros tiempos se contentaba con atisbar, entre otras perlas, coyunturas pre-revolucionarias a partir de los análisis de las «situaciones objetivas»<sup>14</sup>.

Como lo señala Fernando Mires: «El pensamiento sociológico latinoamericano ha sido construido siguiendo los dictados del discurso de la modernidad... Su principal objetivo ha sido buscar —y a veces encontrar— al actor social de un tipo de desarrollo prefijado de acuerdo a relaciones económicas y de poder»<sup>15</sup>. Es la vieja pretensión de hablar en nombre de los demás, que fue al mismo tiempo el camino más corto para terminar sustituyéndolos. ¿Hasta qué punto nos reconocemos en ello?

<sup>13</sup> Un grupo de estudiantes de sociología tuvo la oportunidad de manifestarse en la sesión de clausura del Seminario, aunque el libro no recogió lo expuesto por ellos. Parte de su manifiesto viene al caso respecto a la escasa sensibilidad de la problemática política, cuando reconocen que hoy: «...vivimos una época distinta: sin muros, sin guerra fría, sin Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, sin el Che, sin Fidel Castro victorioso, sin optimismo: vivimos más bien tiempos de ausencia, tiempos de terrorismo, de pandillas, de barras de fútbol, de SIDA, de convocatorias fallidas a instancias de representación estudiantil... Y a la vez descubrimos nuevos intereses: la vida cotidiana, las comunicaciones, la eficiencia, la sexualidad». *Quehacer* N° 91, Lima, 1994, DESCO, p. 39.

Hubiera sido interesante saber cuál es el temperamento de los estudiantes de las otras dos especialidades. Ahora, claro está, no es que la cuestión del poder y la política resulte anodina para las nuevas generaciones, sino que esos temas son vistos subsidiariamente, «por derrame», de *côté*, perdiendo la centralidad que se le asignaba en otras épocas. Si antes los cursos de análisis y problemas políticos eran estratégicamente relevantes para el estudiantado, hoy los intereses se vuelcan hacia otras temáticas —al menos en sociología— no necesariamente presentes en el plan de estudios de la especialidad.

<sup>14</sup> A modo de ejemplo, está el hoy tan eludido —pero no por ello antes menos manoseado— reduccionismo economicista, tan caro a muchos cientistas sociales y políticos que supeditaron la ciencia a la política. Uno de sus caballitos de batalla lo constituyó la célebre inferencia: a mayor crisis económica, mayor radicalización del proletariado; para no hablar de los actores políticos pre-constituidos. Una interesante versión de éste y otros rasgos de las ciencias sociales en los setenta es: Degregori, Carlos Iván (1990), «La Revolución de los Manuales. La expansión del marxismo-leninismo en las ciencias sociales y la génesis de Sendero Luminoso» En: *Revista Peruana de Ciencias Sociales*, Vol. 2, N° 3, Fomciencias, Lima, setiembre-diciembre.

<sup>15</sup> Cf. Mires, Fernando (1993) *El discurso de la miseria o la crisis de la sociología en América Latina*. Ed. Nueva Sociedad, p. 119. La intención de Mires no puede ser más contundente: «la sociología ha causado ya bastante daño, especialmente a los pobres. Ha llegado la hora de cuestionarla.» (p. 168).



Es que si un aspecto de las ciencias sociales —más concretamente de la sociología— ha tenido problemas cuando de rigor y niveles de objetividad se trata, aquel ha sido el de la sociología política, de la que López y su eventual comentarista, Julio Cotler, son hoy figuras clásicas por no decir casi legendarias, dicho esto en el buen sentido. En ello pensaba seguramente —y en otros casos más— Juan Ossio cuando comienza su ponencia resaltando que «Luego de un periodo en que las ciencias sociales estuvieron dominadas por la noción “clase social”, quizá por la popularidad alcanzada por la teoría marxista, hoy el concepto que comienza a hacerle la competencia es el de “etnicidad”».<sup>16</sup>

Así, una constante del curso de la sociología —y que la sociología política reprodujo con creces— ha sido la visión pesimista, negativa —más que crítica— de tanto y cuanto ocurriera a lo largo del proceso de formación histórica peruana<sup>17</sup>. Pensemos en la nefasta *performance* de las clases dominantes en la Guerra del Pacífico, el fracaso de las élites en concebir un proyecto nacional, la intolerancia y la exclusión oligárquica frente al APRA, o el fracaso del régimen político de 1980, todos ellos como acontecidos para

imposibilitar la comunidad democrática, hoy tan principista y maximalistamente anhelada.

Con ese pasado histórico y político no debe entonces sorprender que hoy las cosas tengan semejante sabor: el efecto tiene sabor a la causa. El ensayo de López retoma esta lectura aunque ya desde la perspectiva de la consolidación de una institucionalidad, de una comunidad política en la que, una vez más, los sectores dominantes nunca se interesaron por construir.

De esa forma el ponente llega hasta los noventa confirmando que así como «el orden oligárquico se mostró hostil al desarrollo de las instituciones modernas tanto del Estado como de la sociedad civil y los partidos» (p. 572); su sucesor, el orden populista, tampoco contribuyó a la construcción de una estructura institucional; negándole por último al actual orden «neoliberal» la capacidad de crear también esas instituciones modernas que incidan en la construcción de la deseada comunidad democrática. Claro está, el (neo)liberalismo<sup>18</sup> sería el más eficaz de los tres en sabotear toda iniciativa hacia tan digna causa.

<sup>16</sup> *Etnicidad, cultura y grupos sociales*, p. 322.

<sup>17</sup> Cf. Rochabrún, Guillermo (1978) «La visión del Perú de Julio Cotler», en: *Análisis. Cuadernos de Investigación*, N° 4, Lima, enero-abril.

<sup>18</sup> ¿Han abordado los científicos sociales con rigor la problemática del (neo)liberalismo? ¿Qué es lo neoliberal antes que un recurso descalificador? ¿Cuánto se ha estudiado a von Hayek, por ejemplo? Claro, alguien podría aducir que, dada su naturaleza, son los economistas los que mayormente han aportado sobre aquél, aunque enfatizando más sobre sus flancos débiles. Sin embargo, sus manifestaciones político-institucionales, los procesos de individuación, la consustancialidad entre democracia política y liberalismo económico, etc. merecen también atención desde enfoques no precisamente económicos.

Por otra parte, además de no limitarse a dar por un hecho la naturaleza perversa, presuntamente desestructurante, del predominio del mercado, resulta poco saludable insistir en su tratamiento ideológico. Recordemos la recepción que se ofreció a lecturas como la que propusiera *El otro sendero* de Hernando de Soto, para no hablar de su impacto —no importan las virtudes marketeras

Tenemos entonces que a lo largo del siglo XX, ni oligarcas, ni populistas, ni (neo)liberales han contribuido al desarrollo institucional. ¿Nuevamente la incapacidad de los sectores dominantes? En opción del autor, queda la apuesta al Estado liberal-democrático.

### Las novedades

Un elemento a destacar en este libro ha sido la emergencia de nuevos temas que, como en el caso concreto del medio ambiente y los estudios de género, son indicativos de una permeabilidad hacia nuevos tópicos. En el primero, se constata que la preocupación ambiental no es privativa de las ciencias naturales sino también asunto de reflexión, estudio y propuesta por parte de las disciplinas sociales. En ese sentido, que desde la economía y la sociología se incursione en el entramado de relaciones entre naturaleza, hombre y sociedad, es buen síntoma de la apertura, la sensibilidad y la buena disposición de nuestras disciplinas<sup>19</sup>.

Lo mismo ocurre con el caso de los estudios de género, aunque no haya sido fácil ni inmediata su incorporación al conjun-

to de preocupaciones académicas, tal como Patricia Ruiz Bravo (*Estudios, prácticas y representaciones de género. Tensiones, desencuentros y esperanzas*) y Jeanine Anderson lo certifican en sus respectivos trabajos.

Ahora bien, sin encontrar reparos a la viabilidad temática y a la factibilidad de la perspectiva social y económica hacia la problemática ambiental y los problemas de género, sólo queremos preguntarnos cuánto ha respondido dicha sensibilidad a las necesidades de adaptación de algunos investigadores hacia las nuevas orientaciones de las agencias de cooperación.

A estas alturas, ya no resulta novedad la crítica hecha a la práctica de muchos investigadores en tanto que —llevados por el quizás legítimo afán de supervivencia económica, o por otros motivos que no nos toca juzgar— se han supeditado a la lógica y criterios de las financieras. Aunque James Petras y Carlos Vilas ya hubieron de polemizar al respecto<sup>20</sup>, justamente los temas de género y medio ambiente han sido vistos como sospechosos de dependencia frente a los cooperantes<sup>21</sup>.

En la medida que las ciencias sociales no se financian solas,

---

de su autor— en los predios gubernamentales y demás instancias internacionales. Esta interpretación fue analizada y criticada con un rigor impropio del que muchos científicos sociales se imponen a sí mismos al momento de hurgar por algún segmento de la realidad. Cf. Bravo, Fernando: «Los neoconservadores antiliberales», en: *El Peruano*, 31/12/1995, p. A-5.

<sup>19</sup> Cf. *Desarrollo y medio ambiente: una aproximación desde la economía*, de Roxana Barrantes y *Medio ambiente: cuestionando un estilo de desarrollo*, de Martha Rodríguez.

<sup>20</sup> Cf. Petras, James: «Los intelectuales en retirada» y Vilas, Carlos: «Sobre cierta InterPetración de la intelectualidad latinoamericana», ambos en: *Nueva Sociedad* N° 107, 1990, mayo-junio. La réplica y dúplica respectivas, en: *Nueva Sociedad* N° 123, 1993, enero-febrero.

<sup>21</sup> «En particular me parece crucial la dependencia financiera en la que se encuentran los centros de investigación. Baste por ejemplo, la imposición [F.B.A.] de temas como el medio ambiente,

la cuestión relativa a los recursos es consustancial a la práctica de la investigación social. Como Altamirano lo reconoce para la antropología: «Muchos de los temas de investigación no surgieron del debate interno y de las necesidades propias de nuestra especialidad, sino de modas y requerimientos y prioridades de las financiadoras» (p. 653).

Este problema del financiamiento es uno entre varios, ciertamente, y sobre aquel<sup>22</sup> y otros que atraviesan a las disciplinas en cuestión ya se alzan voces que impugnan no sólo el tipo de producción sociológica, sino además —y sobre todo— el rol social de los científicos sociales, de las cuales el libro ya citado de Mires, junto con sus polémicas y despiadadas aseveraciones y enjuiciamientos, constituyen una muestra palpable.

Lo que queremos decir es que los criterios de financiamiento en este ámbito de estudio no se condicen precisamente con lo que las áreas en desarrollo, los mismos especialistas o la población beneficiaria a su interior, ven como prioritario: ¿qué tanto las temáticas de género y de medio ambiente son reflejo del interés de los entes de cooperación, a diferencia de otros tópicos?

Sin pretender ser sarcásticos, algunos investigadores manejan criterios *ad hoc*, bastante flexibles, para ver aprobados sus proyectos; por ejemplo, ubicar un problema ambiental junto al del uso de tecnologías intermedias en determinado contexto específico, garantizaría buenas posibilidades de contar con financiación para un proyecto<sup>23</sup>.

---

o la mujer, y la indiferencia frente al estudio de los grupos de poder, o incluso ante disciplinas tan tradicionales como la Historia —para no hablar de la investigación teórica— pero que para las agencias financieras la crisis hace parecer superfluas.» Rochabrún. G.: «Intelectuales del mundo: ¡callaos!», en: *Kachkaniraqmi*, N° 5, 2da. Etapa, 1991, p. 66.

Esta severa observación contrasta ante la evaluación conciliadora que nos ofrece el mismo autor tres años después, en el libro que comentamos: en la Sociología «Quizá una de las mayores innovaciones [F.B.A.] sea el peso que ha venido logrando la problemática femenina... Para empezar, este campo ha venido experimentando una metamorfosis al convertirse en —o al menos dar lugar a— la problemática de género. Ello ha abierto nuevos campos de investigación, que tienen que ver, entre otros, con la identidad sexual, las relaciones de género mismas, la reproducción, e infinidad de aspectos de la vida cotidiana y la política que, por ahora, apenas si se están empezando a explorar.» (p. 641).

En el campo de género habríamos pasado, entonces, de la «imposición» a la «innovación». ¿Cómo así? ¿Es que lo «impuesto» en un comienzo por las agencias financieras puede dar lugar a una feliz actitud «innovadora»? De ser así, enhorabuena.

<sup>22</sup> «...el pensamiento científico de una institución no tiene mucho que ver con la científicidad pura, sino con relaciones de poder (y de dinero) que se establecen al exterior y al interior de ella» (Mires: 1993, 45).

<sup>23</sup> En una suerte de manual para la obtención de financiamiento, y en un lenguaje impropio del usualmente seco estilo sociológico, el periodista Gino Lofredo sugiere los siguientes temas clave dentro de cualquier estrategia que pretenda asegurar el apoyo de los agentes cooperantes: «Tendrá que rebuscárselas para ir a todos los cócteles que se den para iniciar o cerrar todos los seminarios, congresos y reuniones internacionales, sobre los siguientes temas clave: 1) Pobreza Crítica; 2) Protección del Medio Ambiente; 3) Protección de la Infancia y otras Especies Amenazadas; 4) Reforma Educativa; 5) Nuevo Orden Informativo, Nuevo Orden Económico y cualquier otro Nuevo Orden que descubra; 6) Defensa de las Culturas Indígenas; 7) La Economía Informal y la Microempresa; 8) Educación Popular y Campañas de Alfabetización; 9) Informática y Desarrollo Rural Comunitario; 10) Todo lo que tenga que ver con «Retos del Siglo XXI» y «el 500 Aniversario». Lofredo, Gino (1993); ¿Usted todavía no tiene su OENEGE?, en: *Pobreza Urbana y Desarrollo*. FICONG, Año 2, N° 4, abril, Buenos Aires. p. 82. El último tema sugerido por Lofredo coincide extraordinariamente con la pretensión del seminario que dio fruto al libro que comentamos.

Ello, insistimos, sin despreciar la pertinencia de los temas tratados por Ruiz Bravo y Anderson. De todas formas, nada impide preguntarnos ¿qué tanto las habilidades y destrezas desarrolladas para ganar la aprobación de proyectos en función de los criterios de las financiadoras, distorsionan o limitan nuestra sensibilidad hacia temas científicamente más relevantes o socialmente quizás más urgentes?

## Y finalmente

Llegados a este punto, todavía sentimos que habría más que decir en ocasión del libro, pues la cantidad de ponencias en él reunidas hace difícil alguna mención o tratamiento aunque sea superficial de cada una de ellas.

Allí está la problemática agraria, de la que Marcel Valcárcel nos brinda un apretado y eficaz resumen de su situación en los noventa, cuando el agro —al que algunos caracterizan como la cenicienta de los últimos gobiernos— aparece como marginal dentro del actual programa económico. Nos hubiera gustado, eso sí, un acápite sobre la evolución y actual situación de las movilizaciones campesinas, de los movimientos campesinos. ¿Ya

son cosa del pasado? ¿Cómo se manifiestan ahora? ¿A través de las Cajas Rurales, las asociaciones de parceleros o las rondas campesinas?

Los temas referidos a la religión y la Iglesia —de los que Manuel Marzal y Catalina Romero son incansables rastreadores— no podían estar ausentes, como tampoco otros «clásicos», tales la cuestión demográfica (Ana Ponce), el empleo (Cecilia Garavito), la deuda externa (Oscar Dancourt) o el crecimiento (Máximo Vega). La familia, hoy envuelta en el ojo de las discusiones a tenor de la problemática de la planificación familiar, tiene en Violeta Sara-Lafosse y Cecilia Rivera a sendas continuadoras. La cuestión educativa es puesta a prueba desde la antropología y la economía, con Juan Ansión y José Rodríguez respectivamente.

Rolando Ames (*Los Derechos Humanos como cultura y práctica: opción y posibilidades*) pone el dedo en un problema que el país ha sufrido por cuenta de la vorágine violentista en los ochenta y noventa. Derechos estos que, lamentablemente, y esto hay que reconocerlo, no han calado en la percepción de las mayorías como prioritarios dentro de su escala de valores, tan concentrada en el orden o las realizaciones y materiales<sup>24</sup>.

<sup>24</sup> No sabemos de qué otra forma, entonces, pueden ser leídos los resultados electorales del 9 de abril último. Las denuncias de violación de derechos humanos fueron múltiples durante la campaña electoral, y también posteriormente, por el caso de ley de amnistía militar. Todo indica que estos derechos no son valorados y tomados en cuenta por las mayorías ciudadanas. ¿Son los derechos humanos, o la noción que se ha difundido sobre ellos, susceptibles de alguna relativización cultural, dependientes del proceso particular de la conformación histórica de cada sociedad? Como lo hizo notar Augusto Castro en su comentario, al menos en la última Convención sobre Derechos Humanos en Viena, representantes de países ajenos a la «civilización occidental y cristiana» pusieron sus reparos hacia el uso universalista, cual plantilla uniformizadora, de los mismos.

No podían faltar los diagnósticos que a partir de los criterios de estratificación, la movilidad y el cambio social, el trabajo y el consumo, etc. nos brinda Narda Henríquez. Como tampoco la cuestión étnica y cultural que ensaya Juan Ossio, en claro y provocador deslinde con la que denomina *perspectiva centralista* (aquella que optó metodológicamente por la noción de clase social, relegando a lo étnico), la cual no siempre habría podido aprehender «el microcosmos donde se recrea la identidad cultural andina» (p. 349). Así puede comprenderse mejor la distancia ideológica y política, de la que nos hablaba Altamirano<sup>25</sup>, de los antropólogos frente al resto de científicos sociales, más tributarios del marxismo.

Una ausencia que consideramos importante es que no hallamos en el caso de los economistas una intervención que, al estilo de Guillermo Rochabrún (*Horizontes y discursos en la sociología peruana*) o de Teófilo Altamirano (*La realidad nacional desde la antropología en la Facultad de Ciencias Sociales*), exponga la trayectoria de la economía y de los economistas de la Católica en paralelo con el devenir de los cambios de la sociedad peruana por ejemplo. No encontramos ningún balance

en torno a los distintos temas de interés, la predominancia de tal o cual paradigma, las distintas maneras en que se hizo economía dentro y fuera de la Facultad, el rol de los economistas en la implementación de tal o cual programa económico, sus particulares énfasis y enfoques frente al de otras canteras económicas (vg. la Pacífico), por sólo poner unos casos<sup>26</sup>. Ello resulta importante cuando se dice que de un tiempo a esta parte los economistas ya no hacen economía política, sino más bien políticas económicas.

Otra omisión es la falta de ponencias donde los egresados pudieran haber expuesto sobre su experiencia profesional a la luz de la formación recibida en la Facultad. El tema del mercado para las ciencias sociales es demasiado importante hoy, sobre todo cuando de este problema dependen también el interés y el estímulo para con las nuevas generaciones de estudiantes.

Llama la atención, finalmente, sobre todo en lo que concierne a los sociólogos, la generalizada ausencia de referencias bibliográficas a trabajos, exploraciones y sondeos efectuados por las nuevas generaciones de egresados. Más allá del aporte puntual de los jóvenes asistentes

<sup>25</sup> En conversaciones con el referido investigador, nos señalaba el trato a veces despectivo que recibía su especialidad por parte, incluso, de sociólogos de renombre. Refería que en algún momento de los años setenta —en contraste con el auge de la sociología— se condenaba a la antropología a ser una disciplina en extinción, un campo de estudio que, por la irrelevancia de sus temas, desaparecería por inanición propia. Lo acaecido después no confirmó tales precogniciones.

<sup>26</sup> A manera de ejemplo dejamos constancia de que en el libro se explicita que la especialidad de Sociología comenzó, claro está, en 1964, mientras que la de Antropología en 1967; en cambio, la especialidad de Economía no tiene quién dé cuenta de su fecha de creación. Siendo algo aparentemente tan elemental, un lector joven no tendrá mayor idea de cuándo comenzaron a egresar las primeras promociones de economistas.

en algunas de las ponencias, entre los egresados recientes. existe un cúmulo de ideas, inquietudes, reflexiones en ciernes, pistas a indagar, que no se han visto recogidas por los ponentes en sus bibliografías. Si bien no es el caso de nuestro libro, en las ciencias sociales ha sido frecuente la práctica del «autobombo» o de la repetición viciosa de los mismos nombres, los mismos textos, los mismos autores, citándose entre ellos como gitanos leyéndose las cartas.

Así con todo, *El Perú frente al siglo XXI* constituye un contundente indicador de que las ciencias sociales están ensayando todos los esfuerzos por en-

tender y sintonizar con los cambios y el humor de estos años finiseculares. La aparición del libro resulta, pues, oportuna, sobre todo ahora cuando junto a las demandas, expectativas y realizaciones que exige la sociedad, se precisan derroteros, horizontes de interpretación e imágenes que su conciencia crítica está comprometida a entregar. Si bien el libro que suscita estas líneas es producto del pensar, creemos efectivamente que debe obligar a dicho ejercicio y —cómo no— al de preguntar también. Después de todo —como se dice en el *Fausto* de Goethe—, el ser humano se salvará mientras pregunte.